

# RASTROS TODAVÍA INDELEBLES

Joaquín Araújo

La vida espontánea usa, consume, recicla, repara y renueva. Es decir que apenas nada deja tras de sí. En la Naturaleza, el continente y el contenido son la misma cosa. De ahí que nada más lejano a su interés que excederse. En suma, que al cerrar los ciclos se consigue una renovación, tan eficaz y eficiente, que apenas se puede distinguir el consumo de la producción. Acaso, únicamente, cuando una explosión demográfica incide sobre un determinado recurso, éste puede presentar síntomas de agotamiento; carestía que de inmediato se convierte en una fuerza de control que menoscaba a los que rompieron el siempre frágil equilibrio para que éste se recupere.

Por el contrario, nuestro actual modelo de funcionamiento implica tal cantidad de demandas que no proceden del propio sistema que el ciclo, más que abierto, queda descuajeringado.

Situación que arrecia. Porque año tras año necesitamos importar una mayor cantidad de toda suerte de materiales y, sobre todo, energía que apenas son repuestos cuando no masivamente convertidos en residuos. Por eso la riqueza empobrece.


De acuerdo con los mejores datos disponibles, que proceden del excelente trabajo de Oscar Carpintero y publicado por la Fundación Cesar Manrique, cada español usa 19.000 kilogramos anuales de toda suerte de materiales, en un 80% procedentes de la fracción inerte del planeta y de más allá de nuestras fronteras. Esto supone un montante muy parecido al de nuestro propio peso. Eso sí, todos y cada uno de los días del año. Cantidad que sube a más del doble si incluimos los residuos y la erosión de nuestros suelos. En tal caso, cada residente

en España demanda –por uso o deterioro– casi 130 kilogramos diarios de materiales.

Nuestro déficit no sólo resulta espectacular en el campo de la energía, ya que importamos prácticamente toda la que precisamos, sino en la casi totalidad de los otros campos de la actividad económica. Incluso estamos cerca de importar más recursos agrarios y ganaderos que los producidos en el interior. Tanto es así que, para satisfacer nuestra bulimia, cada español o residente en estos pagos, necesita el equivalente a 5 hectáreas de territorio. O lo que es lo mismo: la superficie productiva total de este país dividida por el número de todos sus pobladores nos permitiría acceder a lo que produce 1,4 hectáreas. Queda bastante claro, por tanto, que nuestra sociedad está utilizando nada menos que el triple del territorio que le corresponde.

Si necesitamos lo que está en otras partes, y casi todo ello tiene carácter no renovable, podemos concluir que estamos quedándonos con las oportunidades de desarrollarse de terceros. El desarrollo insostenible siempre resulta, además, poco o nada ético.

De acuerdo con los datos empleados se puede afirmar que, en estos momentos, competimos con USA, China, Japón y Reino Unido por el liderazgo mundial en despilfarro de recursos, huella ecológica e ineficacia energética.

Queda un arduo camino que recorrer para que la opulencia que importamos se equilibre con la sensatez que queremos exportar. Nuestro indeleble rastro debe convertirse en deletable. Sólo así seremos menos injustos y, en consecuencia, viables a largo plazo. Y en ello estamos. 



PRESENTACIÓN